



## PRIMERA PARTE DE LOS ROMANCES DE LA PEREGRINA DOCTORA,

*Escritos por Juan Miguel del Fuego.*

**S**oberana Luz brillante,  
que de ese azul Pavimento  
eres Lumbrera mayor,  
vistiendote del Sol mismo,  
orlada de tantas luces,  
que el enemigo sobervio  
se abrasó, fatal pavesa,  
en un terrible despeño,  
por no ver, que sola tú  
le has de quebrantar el cuello:  
á ti digo, Virgen Sacra,  
Madre del Divino Verbo,  
amparo de pecadores,  
Palma, Luz, Lybano, Huerto:  
á ti digo, la que en Gracia  
desde el instante primero,  
ni Vos pudisteis ser mas,  
ni Dios quiso fueseis menos:  
Madre de los pecadores,  
siendo v.estro asilo cierto,  
y el Devoio que te llama  
logra siempre sus deseos:  
dad á mi pluma la gracia,  
que si la logro, pretendo  
contar un caso admirable  
de los muchos que habeis hecho:  
dad rhetorica á mis labios,  
ilum'nad mis anhelos,  
inflamad mi corazon,

dad luz á mi entendim'ento,  
secundia á mi voluntad,  
para que tierno mi pecho,  
por los cauces de los ojos  
salga en lagrimas deshecho,  
para contar el mas raro,  
mas peregrino, y mas nuevo  
caso, que admiran los siglos  
en el transcurso del tiempo,  
En la Ciudad de Lisboa,  
en el Lusitano Reyno,  
vivía un gran Potentado,  
tan noble, y tan Cavallero,  
que General de las Tropas  
le hizo su Rey Don Pedro:  
le llaman Don Alexandro  
de Figueroa y Sarmiento.  
Este tal era casado  
(con qué pena lo refiero!  
con qué pesares lo digo!  
y con qué dolor lo siento!)  
con una bizarra Dama,  
con un peregrino objeto,  
con la muger mas hermosa,  
que havia en todo aquel Reyno:  
tan discreta, y tan bizarra,  
que si á Venus eligieron  
por Diosa de la hermosura,  
dando la manzana en premio,

en Doña Inés con mas gracia  
se halla Palas, Juncos, y Venas.  
Se llama a questa Señora  
Doña Inés Portocarrero,  
su esposo Don Alexandro,  
que adora sus pensamientos,  
la tierra que pisa, beldad,  
y de continuo en su pecho  
la idolatra retratada,  
por tener algun consuelo.  
Este tal tiene un hermano  
dentro de Palacio mismo,  
que le llaman Federico,  
liviano, altivo, y soberbio.  
Aqueste se queda en casa  
para despachar los pliegos,  
quando su hermano salta  
a cumplir con sus empleos,  
huyendo pyrata de Etclavos,  
y Verdugo de los Negros,  
enfado de las Doncellas,  
que le estaban asistiendo,  
porque á todos les servia  
de un muy grande contrapeso,  
que lo que passa en Palacio,  
en todo se está metiendo.  
Este tal se enamoró,  
con mal nacidos intentos,  
de la muger de su hermano  
Doña Inés Portocarrero:  
anda triste, y desvelado,  
sin color, y macilento:  
hasta las aves le enfadan  
quando vuelan por el viento.  
En fin, se determinó  
cierto día, entre unos versos,  
que su esposo le escribió  
echando un papel en medio,  
darle parte de su amor,  
con infernales intentos.  
Tomó Doña Inés las cartas  
con alegría, y contento,  
por ser de Don Alexandro  
su consorte, y compañero.  
Estándolas repasando,  
reparando en aquel pliego,  
que estaba muy poco hollado,  
y escrito de poco tiempo,  
rompió la neta, y al punto  
que ha comenzado á leerlo,

en su presencia le arroja,  
hecho pedazos al viento.  
Detente, muger heroica,  
guarda el papel en tu pecho,  
que podrá ser que te sirva  
algun día de provecho;  
mas en fin, ya le rompíó,  
que lastima, no ay remedio.  
Mas viendo Don Federico  
el desayre que le ha hecho,  
colérico, y enojado  
brota por los ojos fuego;  
mas ella disimulaba,  
y á solas le está diciendo:  
Quien ha de guardar mi honor,  
ha de ofender mi respeto?  
Mire por sí Federico,  
y respetese á sí mismo,  
supuesto que dos hermanos  
son dos almas en un cuerpo.  
No le quiso decir mas:  
él se metió en su aposento,  
maldiciendo su fortuna:  
jura por los altos Cielos,  
que á pesar de todo el mundo  
ha de lograr sus deseos.  
Miró Doña Inés un día  
á Don Federico atento,  
y le vido, que traía  
el rostro muy descompuesto;  
y que le estaba brotando  
la ponzoña, y el veneno;  
mas ella, como discreta,  
entre sí estaba diciendo:  
Aqueste quiere intentar  
un villano atrevimiento:  
mas antes que lo execute,  
yo quiero poner remedio.  
Mandó al punto, que viniesen  
Albañiles, y Arquitectos,  
y que en medio de un Jardín  
hiciesen de jaspe negro  
unas Bobedas curiosas,  
pintadas con azulejos,  
quanto cupiese una cama,  
mesa, silla, é instrumento,  
y que á la puerta le pongan  
unas barretas de hierro,  
quanto se pueda por ellas  
meter el mantenimiento,

con

con su golpe; como Carcel,  
el pestillo fuerte, y recio.  
En breve tiempo se hizo,  
que á donde sobra el dinero,  
muy presto se facilita,  
por largo que sea el cuento.  
De que estuvo aderezada,  
con su cama, y lucimiento,  
le llamó á Don Federico  
Doña Inés Portocarrero,  
diciendole: Hermano mio,  
porque muy triste te veo,  
quiero llevarte al Jardín,  
verás los arboles bellos,  
verás una arquitectura  
hecha de muy buen Maestro;  
para en viniendo mi esposo,  
que salga á tomar el fresco.  
De que oyó aquestas razones,  
se alegró mucho en extremo,  
que entendió ya que la Rosa  
se iba convirtiendo en zelos.  
Se fueron ázia el Jardín:  
viendo aquel cristál ameno;  
con la cama tan curiosa,  
le dió el corazon un buelco,  
diciendo: Aquesta es mi suerte,  
hoy se logran mis deseos.  
Mas dixole Doña Inés  
con engañosos intentos:  
Entre usted, Don Federico,  
toque usted esse instrumento  
mientras yo cojo unas flores  
de las mejores del Huerto.  
Hizo lo que le mandó,  
y apenas le vido dentro,  
quando tiró de la puerta  
con tan varonil esfuerzo,  
que quedando el golpe echado,  
quedó Federico preso;  
diciendole: Aquí se pagan  
malicias, y atrevimientos.  
De que oyó aquestas razones,  
tiró al suelo el Instrumento:  
escarba, bufa, paté,  
parece un Leon sangriento,  
jura, que se ha de vengar  
á pesar del mundo entero.  
Si no rompiera el papel,  
no se viera en este espejo.

699

Ella se fue á su Retrete,  
dexandolo en cautiverio.  
Quando vienen á Palacio  
visitas de Cavalleros,  
de Señores principales,  
de sus parientes, y deudos;  
quando preguntan por él,  
dice Doña Inés, há tiempo  
que le ha dado un accidente,  
y un frenesí descompuesto,  
que allí lo tiene merido,  
para tenerlo sujeto,  
que los regalos del mundo  
de sobra los tiene dentro.  
Desde entonces Doña Inés  
despachó todos los pliegos,  
diciendo, que está su hermano  
melancólico, y enfermo.  
Allí lo tuvo seis meses,  
sabiendo por el Correo,  
como el Campo se levanta,  
y que los Reyes hicieron  
treguas por otros seis meses,  
y que próspero, y contento  
viene ya Don Alexandro  
echando plumas al viento,  
la bizarra Doña Inés  
le llevó un vestido nuevo,  
un cavallo enjaezado,  
la peluca, y el sombrero,  
un Barbero que lo afeyte,  
y que montasse ligero,  
y le salga á recibir  
con ambos brazos abiertos,  
sin darse por entendido  
del intrénado suceso,  
que lo que ha hecho con él,  
él debía agradecerlo.  
Con esto abrióle la puerta,  
aunque con algun recelo;  
y él no le quiso vestir,  
que con el ropage mismo,  
y sin afeytarle, monta  
en el Andalúz soberbio.  
El hermano, que lo vido  
tan abominable, y feo,  
le preguntó: Hermano mio,  
cómo vienes tan horrendo?  
qué pesares te molestan?  
qué disfraces son aquestos?

En-

Entonces le respondió  
de esta manera diciendo :  
Tu esposa tiene la culpa  
de verme como me veo,  
porque no hice su gusto,  
que descansando en mi lecho;  
una noche me insistió,  
echandome mil requiebros ;  
pero yo la respondí,  
dandola dos mil consejos,  
y por aquesta ocasion  
me ha estado dando tormento,  
y me ha tenido hasta aora-  
en un Mauseolo preso.  
Don Alexandro, que escucha  
tan terrible atrevimiento,  
como un marmol se quedó  
un largo rato en suspenso,  
que quisiera que el abysmo  
le sepultara en su centro :  
y entrando por el Palacio,  
le salió al recibimiento  
aquella blanca azucena,  
aquella joya sin precio,  
à recibirlo en los brazos  
del alma, y él con despego  
la pegó una bofetada,  
con injuria de los Cielos :  
y por no ver su hermosura,  
mandó, que quatro Monteros,  
que eran hombres de mal alma,  
la llevasen à un desierto,  
y que la saquen los ojos,  
y el corazon de su centro,  
y en un paño se los traygan,  
para quedar satisfecho.  
Qué lastima ! qué dolor !  
qué pena ! qué sentimiento !  
ó qué injusticia ! qué agravio !  
qué castigo sin deberlo !  
Salen una noche triste,

amparados del silencio,  
aquellos facinerosos,  
y antes que rompiera el Febo,  
en un monte se hallaron  
tan encumbrado, y espeso,  
que aquel dorado Planeta,  
que vive en el quarto Cielo;  
no ha podido con sus rayos  
descubrirle sus cisalientos.  
Estando en aqueste sitio  
arrimada à un duro fresno,  
antes de darla la muerte,  
quisieron gozar primero  
aquella prenda del Orbe,  
aquella joya sin precio.  
Arman tan cruel batalla  
sobre el que ha de entrar primero;  
que los quatro parecían  
unos lobos carnívoros ;  
pero la Virgen Maria  
los ayres baxó rompiendo  
con su Hijo de la mano,  
Sacro Niño, y Rey Inmenso :  
la dice : Devora mia,  
libre estás, no tengas miedo,  
que yo vendré à visitarte,  
aunque yo nunca te dexo.  
Un Leon te ha de traer  
proporcionado alimento,  
y aqueste te ha de guardar,  
que estés velando, ó durmiendo.  
La Virgen, y el bello Niño  
de allí desaparecieron,  
quedandose Doña Inés  
confusa en su pensamiento,  
por saber de que un Leon  
le ha de dar el alimento.  
Y en el segundo Romance  
dará Juan Miguel del Fuego  
à todo el oyente gusto  
del suceso verdadero.

F I N.

Con Licencia : En Madrid. Se halla à en Casa de Andres de Sotos,  
mas abajo de la Porteria de San Martin.